

VII

A eso de las diez de la mañana de uno de los últimos días del mes de Julio de 1879, estaban en completa tranquilidad los grandes Mercados, ese inmenso palacio, ese enorme vientre, templo de provisiones, gigantescos docks, en los que se almacenan los viveres que consume ese prodigioso monstruo que se llama París.

Las vendedoras descansaban de sus fatigas de primera hora de la mañana enjugándose la frente, ó charlaban de puesto á puesto, apostrofando de vez en cuando con bufonas ofertas á las raras parroquianas que se atreveían á atravesar á aquellas horas las estrechas calles de la capital de las provisiones.

—¡Eh! ¡Parroquiana! ¡Venga aquí!

—¿Qué queréis? ¿Una trucha? ¿Un barbo grande y coleando?

—¿Una langosta viva?

—¡Acercáos aquí, que nos arreglaremos!

Al principio esas voces son dulces cual sonido de flauta, más melosas que el almibar: pero á medida que se aleja la parroquiana con desdén y contemplando con desconfiada mirada los pescados caldeados por un sol ar-

diente de verano, cuyos rayos atraviesan el techo de cristales hasta llegar al suelo por el que se deslizan mil arroyuelos de agua nada limpia, cámbianse de tono, alguna vez tórnanse amargas, y más de una parroquiana oyó á sus espaldas un burlón concierto que no tenía nada de agradable.

—¡Adiós parroquiana, otro día será!

—¿A qué vinistéis aquí? ¿A recrear la vista y dar un paseo?

—¡Os puede hacer daño, no está bueno para vos!

—¡Adiós, marquesa! ¿Queréis diez céntimos para un panecillo?

Y la siguen las risas ahogadas y dicharachos de las jóvenes mientras que las viejas con los brazos en jarras hablan de sus asuntos.

—¡Mal día nos hace hoy, señora Bocher!

—Si, muy mal día para el pescado; lo que es hoy nos cuesta el dinero, señora Brejot,— contestóle su vecina.

Tenía razón la obesa señora Bocher; hacía un calor insoportable y el asfalto se fundía bajo los pies en los rincones expuestos al sol y por los que no circulaba el aire.

Se necesita estar dejado de la mano de Dios y de los hombres para permanecer en ese horno cuando hay por el mundo tantas y tan pintorescas playas con fina arena y refrescadas por la sana brisa del mar, ríos sombreados por olmos y sauces, bajo los que debe ser muy agradable oír el murmullo de la corriente, tendiéndose sobre la espesa hier-

ba de los bosques, ó esas casitas modestas con verdes persianas y tejados de bálago ó de teja, y edificadas en medio de agrestes campiñas.

Maldecían su destino y juraban á su manera lamentando su suerte más de un dependiente inclinado sobre el pupitre, ó una pescadera dando vueltas á sus géneros para que no se echasen á perder.

A pesar de ese calor, en la tercera fila, y á la derecha del pabellón de los pescados, hacia San Eustaquio, veíase una joven de elevada estatura y agradable aspecto, que sentada tras un tablero de piedra lleno de pescados, sonreía amablemente á todos.

Al pié del tablero hallábase una niña de unos doce años que arreglaba los cestos de mimbre llenos de cangrejos, mientras que la joven alta y sonriente, con la punta de los dedos enrojecidos por el agua helada, y con un ademán displicente y lleno de gracia, revolvía las anguilas que entrelazadas unas con otras como un manojo de obscuras cuerdas, se movían en una pila de piedra cuya tapa estaba levantada.

Encima del tablero de piedra veíanse algunos sollcs al lado de menudos gobios y en otros viveros alimentados con el agua fresca de los surtidores, agitábanse gruesas carpas y rojizas tencas, esperando al cocinero que debía prepararlas con salsa marinera.

La pescadera podía pasar en realidad por idealmente hermosa.

No tenía el cabello negro, rubio ni casta-

ño, y si rojo, pero de ese rojo de que tanto aprecio hacen los pintores y tan raro y seductor en todas las épocas, que las coquetas de todos los países hacen grandes gastos y recurren á mil artificios y afeites para imitarlo.

Era tan abundante su sedosa cabellera, que se veía obligada á peinarla en trenzas que la caían sobre la nuca á pesar de sujetarla con numerosas horquillas.

Su rostro, sonrosado y de tonos vivos, era sumamente expresivo con sus labios muy rojos y un poco gruesos, la nariz ligeramente remangada, rasgados ojos negros sombreados por obscuras pestañas, sus orejas finas y bien diseñadas y su frente elevada respiraban salud, franqueza é inteligencia.

Esbelta, á la par que vigorosa, tenía anchos hombros, busto bien proporcionado, que evocaba el recuerdo de la perfecta belleza femenina, siendo lo más notable en la joven pescadera y lo que más llamaba la atención, la delicadeza de la forma de sus manos y pies, delicadeza bien fácil de apreciar, porque por esa coquetería innata en todas las mujeres, llevaba un poco corta la falda.

En lo demás, su traje era de una extremada sencillez: gastaba una pequeña cofia de tela blanca del mismo corte que las que suelen usar las doncellas de las buenas casas, que la sujetaba el moño, y un delantal tan blanco como la nieve cubría una falda de tela de lana que debía haberle costado á treinta sueldos el metro en los almacenes de

las *Fábricas de Francia*, que son los proveedores de la aristocracia del Mercado.

Tendría á la sazón unos veinte años, pero una de esas precocidades tan frecuentes en las mujeres que gozan de buena salud, hallábase en el completo desarrollo de su belleza, y no era posible creer que ésta pudiese mejorar más.

Al observarla con detención chocaba desde luego la extraña y soberana distinción de su porte, porque tenía una manera tan altiva de tocar con la punta de los dedos los pescados que sacaba del agua ó de darles la vuelta sobre el mármol del mostrador, que se había hecho célebre en el mundo de los pescaderos y cocineros, y al verla dijérase que era una altanera castellana enseñando á los aficionados una sortija rara ó una preciosa alhaja.

Su vecina más inmediata era la señora Brejot, una vendedora que sólo tenía pescados de los más caros y escogidos, y que adoraba á la joven.

—La conozco desde que tenía diez años,— solía decir afirmándolo la señora Brejot,—y jamás la ví hacer, ni la oí ninguna indignidad.

La hermosa joven llamábase Rosa Godin, pero entre la gente del Mercado nadie la llamaba ó conocía más que por la Rosa.

Entre sus conocidas ni una sola la tenía mala voluntad por su aspecto de Princesa, porque comprendían que no tenía ella la culpa, y que todas sus posturas carecían de

afectación, siendo por el contrario muy naturales.

Sucedía á veces que alguna parroquiana demasiado quisquillosa y avara discutía acaloradamente el precio de la pesca, y entonces, Rosa, lanzábala desde la altura de su grandeza una mirada tan despreciativa de lástima, que la parroquiana avergonzada escurriase entre los puestos y se alejaba sin ganas de preguntar nada más.

Siempre que estaba en su mano el hacerlo no recurría al vocabulario que empleaban sus compañeras, y sólo lo usaba en el último momento y cuando las represalias eran necesarias para defenderse de ataque demasiado violento; y entonces ¡oh! en esos casos, de aquella boca de encendidos labios, salía un diluvio de impropiedades é inventivas suficiente para hacer la felicidad de un escritor naturalista.

En uno de los momentos en que estaba más distraída sentada en su silla tras el tablero de mármol y tenía metidas las puntas de los dedos en el agua del depósito de piedra en que se movían las carpas, acercáronse al puesto dando voces dos individuos.

De estos, el de más edad, llevaba un terno muy holgado de un color gris que formaba muchas arrugas sobre su panzudo abdomen y cubría la cabeza con un sombrero hongo de fieltro y anchas alas.

Era un hombre como de unos cincuenta años, de color rubicundo, enorme boca, verdadera mandíbula de perro de presa, grande

de hombros, y casi tan alto como ancho, al que sus buenas carnes daban cierta apariencia de un tonel ambulante.

Su aspecto era muy jovial, y ruidosas sus carcajadas, lo que parecía indicar su condición de viejo alegre y avispado, pero examinándole más de cerca comprendíase que no era conveniente fiarse de él.

Antes de llegar al puesto de Rosa, y á unos quince pasos detúvose ante otro en un todo parecido, y en el que se vendían también pescados de agua dulce.

Era una competidora.

—¡Qué verano! ¡Es una lástima, porque no se hace ningún negocio!—dijo el recién llegado con voz sonora.

—Después de las nueve no pasa por aquí ni un gato, señor Meraud,—respondió la vendedora, mujer alta y huesosa, de rostro agradable y muy vivo llamada Clara Friloux, y á la que nadie conocía por este nombre, sino por la *Pintada*, por su voz chillona y áspera que hacía recordar la de ese ave.—Esto da pena.

—¡Bah! Hay que conformarse con todo, con los buenos como con los malos tragos,—replicó Meraud filosóficamente.—La culpa la tiene ese condenado sol que lo asa todo, pero tras un tiempo viene otro.

—Si fuese eso solo, pero las vecinas nos hacen también mucho daño,—añadió la morena dirigiendo una rencorosa mirada hacia el sitio ocupado por Rosa.

Nicolás Meraud, pues él era el interlocu-

tor de la *Pintada*, el jefe del *clan* de los Meraud, el primogénito, encogióse desdeñosamente de hombros; importábase muy poco la concurrencia, porque hacía años que había redondeado sus negocios.

—No sé lo que les pasa á los hombres con esa mujer,—siguió diciendo la *Pintada*;— todos se van hacia aquel lado, de modo que parece una procesión.

—Yo bien lo sé,—murmuró Meraud malhumorado entre dientes.

Su compañero le tiró de la manga diciéndole al oído:

—Apresúrate, que está sola.

—Cállate, ya lo veo, ¿te crees que no tengo ojos?

Entretúvose unos cuantos minutos hablando con las vecinas de la *Pintada*, tomando á peso unas langostas y cabrajos ó cangrejos de mar, y pasando el dedo por el lomo de un salmón.

—Buenos bocados tenéis, madre Grelu, ¡qué fresco está todo! ¡Qué lástima que haya necesidad de guardarlo entre hielo!

—Lleváos ese salmón, señor Nicolás.

—¿Y qué demonios queréis que haga con él? ¡Un pobre solterón como yo no come en casa!

—¡Vamos! ¡Que ya sabemos que tenéis amigas, regaládselo á una de ellas, esto nunca estorba.

—Veo á donde vais á parar; están muy malos los tiempos, madre Grelu, y esos á que os referís pasaron hace años; ahora soy

solo,—dijo Meraud, y se echó á reír con esa risa que parecía típica en él dejando al descubierto dos hileras de dientes que habrían dado envidia á un caimán.

Su compañero era un hombrecillo flacucho, enteco, de puntiaguda nariz y estrecha cara, cabello grisiento y escaso. Vestía un traje marrón y llevaba un delantal de tela azul muy ordinaria recogido bajo el brazo.

Llamábase este último Luis Meraud y vendía salazones en la calle de Montorgueil y el gordo era el antiguo corredor de pescado, amigo de los Godin y amo que fue de Teresa.

—Ven, pues, y acabemos, porque estás perdiendo el tiempo en bagatelas,—repitió Luis.

Y le arrastró hacia el puesto de la hermosa pescadera que les vió acercarse con soberbia é indiferencia.

Siguieron muy despacio su camino saludando á todos con signos más ó menos afectuosos considerándose en su casa porque el Mercado constituía una parte de sus dominios.

Al llegar delante de las cestas de cangrejos se pararon, y el más delgado acarició la barbilla de la niña que las abría, sacando de cada una los mejores que iba echando en otra preparada al efecto.

—Buenos días, Anita,—dijo.

—Buenos días, señor Luis,—contestó la niña.

—Este gusanillo va teniendo figura y no

va á ser del todo feo, pero por mucho que crezcas, muchacha, no llegarás nunca á descalzar á tu madre.

Púsose muy seria la pobre criatura y ocultó la cara en un cesto vacío.

Su madre había sido una infeliz mujer, á la que abandonó su marido hacia seis años y que murió en el barrio de miseria y de pena.

Cuando esto sucedió era vecina de Teresa Godin viviendo en el mismo corredor que ella, que se hizo cargo de la niña llevándola al lado de su hijo y diciendo:

—Hará lo que nosotras, aprenderá á trabajar y á ganarse el pan.

Mientras tanto que Luis acariciaba á Anita, entreteníase Meraud primogénito en examinarlo todo, contando los sollos, curioseando los cestos en que estaban los cangrejos y enterándose de lo que había en las pilas de las anguilas.

—¿Y tu madre dónde está?—preguntó de pronto dirigiéndose á la impasible joven.

—No ha bajado.

—¿Por qué?

—No se encuentra muy bien.

—Se cuida poco y no la conviene. Supongo que no será cosa de gravedad.

—Así lo espero.

—Debe estar ya cansada porque el trabajo es pesado.

—Bastante.

—¿Y de dinero cómo andamos? Porque la cosa parece que no produce mucho.

—No mucho.

—¿Sabes que tienes una gran virtud?

—¿Cuál?

—La de no ser habladora.

—Hay días.

—Vamos á ver, Rosa, si podemos hablar, — dijo Nicolás Meraud echándose de bruceas al lado de los montoncitos de gubios ó pececillos de río. — ¿No habría medic de que nos entendiésemos? Hace un momento que la *Pintada* me lo dijo: esto se pone cada día peor, y tu madre se separó de mí para hacerme la competencia, lo cual es una tontería, cuando nos sería muy fácil ayudarnos unos á otros, ¿qué se necesita para conseguirlo? Nada más que un poco de buena voluntad. No sé por qué Teresa no me mira con buenos ojos y hace mal, porque yo no hice nunca daño á nadie, y si ahora te lo digo es por vuestro interés. Lo que es por mi parte puedo asegurarte que á mi nadie me tiene lástima, sino envidia, y me burlo del dinero, porque tengo más del que necesito; el estómago es sólido y mira como suena el cofre, — y se dió un fuerte golpe en el torax. — Estoy solo, no cuento para nada con mis primos y primas, que tienen ya bien forrado el riñón y no han menester mis zapatos para ir de paseo. Ahí tienes, sin ir más lejos, á Luis, que no se dejaría ahorcar por doscientos mil francos, y no porque quiera saber tus secretos, que no te pregunto, pero sé que no sois millonarias.

—Algo hay de eso.

—Pero ahora que ya eres crecida y que sabes el oficio no habría ningún inconveniente en hacerte un buen lote.

—¿Y cómo?

—Lo veríamos, se buscaría; precisamente no son los medios lo que falta. Con el dinero se va á todas partes, hija mía, y por la mía no deseo otra cosa si...

—¿Sí, qué?

Contrajo la boca de cierta manera, guiñó los ojos mirándola de arriba abajo haciendo una mueca por demás expresiva.

No bajó Rosa la cabeza ni se ruborizó, limitándose á decir con acento reposado:

—No os comprendo, explicáos.

—Pues es muy sencillo, — contestó Meraud.

No debía ser, sin embargo, tan fácil de explicar como aseguraba, porque antes de hacerlo tosió ruidosamente dos ó tres veces del mismo modo que si tuviese algún gran estorbo en la garganta.

Se inclinó y para ganar tiempo cogió un cangrejo que Anita había sacado de uno de los cestos y exclamó:

—¡Oh! ¡Qué alhaja, Dios, qué hermoso!

—¿Y es eso todo lo que teniais que decirme? — preguntóle Rosa con acento frío.

Tosió otra vez Meraud y contestó:

—Allá voy.